BIBLIOTECA DEL INSTITUTO DE BIOLOGÍA

La Flora Maravillosa de Tepoztlán

Por Porfirio HERNANDEZ

Durante la época de lluvias, la Sierra de Tepoztlán, situada en los límites de México y Morelos, constituye un verdadero paraíso para los excursionistas. "El Parque" se llama la estación única del tren que cruza esta admirable sierra en poco más de dos horas, antes de llegar a Cuernavaca. Y es, efectivamente un parque, un jardín, el más maravilloso que pueda concebirse para un hombre amigo de la naturaleza. Pero nunca como ahora, en que el espeso bosque de árboles y arbustos dice a florecer —entre abril y septiembre— adquiere las proporciones de un auténtico parque. Inmenso y fantástico parque, sin límites, sin bardas, sin jardinero y sin gendarmes...

Lo recorremos en este domingo claro de luz, con el propósito de examinar las flores que crecen ahí, silvestres, en medio de una soledad salvaje. Para ello hay que andar a pie los dieciséis kilómetros que hay entre la estación de "El Parque" y la más próxima de "Alarcón", en los alrededores de la planicie. La vía férrea desciende suavemente por la ladera, buscando las vueltas fáciles, hasta caer sobre el valle, que se extiende a lo lejos como una inmensa carpeta verde. Apenas si rompen su monotonía los altos peñones de Jantetelco, de las Tetillas y, más cerca, las alturas escarpadas del cerro Tepozteco, que se alzan a manera de murallas de piedra. Tantas veces lo hemos recorrido, en tan diversos sentidos, que hoy no queremos descender allá, y permanecemos siempre en la sierra, junto a la línea férrea. El día es tan claro como nunca. Se distinguen, en frente, los techos rojos de las casas de Cuernavaca, a la izquierda las poblaciones de Yautepec, de Cuautla, y, aún más allá las altas sierras de Guerrero. Adelante de Cuernavaca, espejean los lagos y lagunas, entre estas últimas la

de Tequesquintenco, especie de cráter apagado y hoy lleno de agua tequesquitosa. Caminamos desde El Parque (2,300 metros sobre el nivel del mar) entre ocoites y encinos en la vertiente caída del Pacífico. La flora cambia a ojos vistos. Es cierto que aun crecen aquí como allá arriba, las dalias de corolas blancas, azules, amarillas. Pero no tardamos en reconocer que el límite de ciertas yerbas y arbustos parece marcado, como con altímetro. Aún florecen entre los madroños robustos ramos de "chaquira", blanca y azul, por lo cual recibe el nombre científico de *CEANOTHUS COERULEUS*. Pero surgen, después, con sus vistosos colores verdaderos escuadrones de salvias, verbenas, fuxias, y cuféas. Estas últimas exhiben unas florecillas minúsculas de diversos tonos y colores. Entre una y otra planta se extiende a veces la madre-selva, o bien una enredadera amarilla que se conoce con el nombre botánico de *GONOLOBUS*. Luego, casi a flor de tierra, como si fueran tréboles de cuatro hojcs, las preciosas *OXALIS*, con flores sostenidas por un largo pedúnculo. Se ve la valeriana, de flores blancas en corimbo y tallo alto, la *COMMELINA*, la *STELLARIA* y muchas iridáceas, compuestas, labiadas. Se hacen presentes, desde gran distancia, los racimos blancos como la nieve del **ONOSMODIUM**, una especie de borragínea. EL **PENSTEMON**, de hojas solitarias en cada axila, tornasoladas, abunda de una manera extraordinaria. Las inditas forman con ellas racimos que luego venden en la estación. Entre los troncos de los madroños y encinos se encuentra, a veces, una preciosa orquídea, la **GOVENIA LILACEA**, que más parece un lirio. Luego se descubre la **BOMAREA ACUTIFOLIA**, de hojas agudas, como su nombre lo indica, amarilidácea, que flota en el aire como un tirso de campanitas japonesas. Otra orquídea, terrestre como la Govenia, el **MICROSTYLIS**, que tiene corimbos verdes y forma una especie de estrella. La *CROTALARIA*, de flores amarillas, llamada así porque al madurar, el fruto hace un ruido semejante al crótalo, o sonajero, cuando se le agita. Y el **TECOMA STANS**, llamado vulgarmente "trompetilla" que como la flor de nochebuena sólo florece en tiempo de secas. Sus trompetitas, que se exhiben en gruesos manojos amarillos, se distinguen desde muy lejos y despiden un olor acre, como un fuerte perfume.

Después de apartarnos un poco de la vía férrea, entramos en la región más extraordinaria del parque. Es el "pedregal". Gruesas y picudas piedras se alzan, entre corrientes de lava pe-

trificada. Es un "mal país", un terreno inaccesible para la agricultura, que forma las delicias del botánico. Desde luego, llama la atención la "**oreja de burro**", planta de hojas verde-gris, que recibe el nombre científico de "**ECHEVERRIA**". Las echeverrías parecen más bien grandes coles; plantadas ahí por algún jardinero caprichoso. Pero nada atrae tanto la atención de los ojos como las matas de begonias (*BEGONIA BALMISIANA*). Las hay de diferentes tamaños y colores. Crecen entre las piedras, a lo largo de la vía del tren y alcanzan su tirso hasta una altura de un metro sobre el suelo. Parecen tener la primacía y en verdad que no son modestas, por lo cual los excursionistas se las llevan a montones. La flor más bella, desde el punto de vista de los botánicos que me acompañan, es una pequeña rubiácea, la **CRUSEA COCCINEA**. Tiene cuatro pétalos de un rojo subido y cuatro estambres. Es difícil encontrarla, porque se esconde entre las yerbas, pero se traiciona a sí misma por la brillantez del color. Pero a mí, nada me ha gustado tanto como una Escrofulariácea, que encontramos muy abajo del pedregal. No se prodiga mucho. Parece una planta escapada de algún jardín exótico. Sus flores, casi a ras del suelo, son amarillo rojizas y semejan una campanita tubulada. Se nos dice que es muy rara y que no se ve aquí más que en ciertas épocas de la temporada lluviosa. Su clasificación botánica es *MAURANDIA SCANDENS*.